

TRASCENDENCIA UNIVERSAL DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

BARTOLOMÉ BENNASSAR
Université de Toulouse-le-Mirail

¿Qué es España? Un pedazo de tierra de unos 500.000 kilómetros cuadrados, es decir, la milésima parte de la superficie del planeta. ¿Qué son los españoles? Unos 40 millones de seres humanos, es decir, menos de la centésima parte de la población del planeta. Peyo ya apuntamos un hecho llamativo: los castellanohablantes en el mundo son diez veces más numerosos que los vecinos de España (los españoles), es decir que representan más o menos la décima parte de la humanidad. Esto significa que los españoles no se quedaron encerrados en sí mismos, pues el idioma no se ha ido fuera solo: se divulgó con las ideas, los hombres, las creencias; también, hay que reconocerlo, con la opresión política y militar, eso mismo que ha pasado con ingleses y franceses, eso mismo que pasó en una historia más lejana con los romanos y después con los árabes. Según decía Nebrija, hace 500 años, «siempre la lengua fue compañera del imperio». Ya sabemos, sólo con este hecho, que la historia de España tiene un alcance que rebasa con mucho el marco geográfico de la península.

Por otra parte, el investigador que penetra por primera vez en el gran salón del Archivo General de Simancas, al mirar los títulos de los catálogos, ya se queda sorprendido: Flandes, Inglaterra, Milán, Nápoles, Venecia, Sicilia, África... Ya no digamos del Archivo General de Indias, en Sevilla, depósito fundamental de documentos para la historia del continente americano entero, incluso Estados Unidos, quizá con la excepción de Canadá, y más allá, de Filipinas, por ejemplo.

Pues bien. Yo diría que la historia de España tiene un alcance universal. Mucho más, por ejemplo, aunque parezca mentira, que la historia de China, un país que reúne la cuarta parte de la humanidad. Es que los chinos se quedaron casi ensimismados. Tuvieron invenciones geniales, antes que todos, pero no las divulgaron, hasta tal punto que los demás pueblos tuvieron que volver a inven-

tar más tarde nuevas técnicas... Sólo una vez en su historia, en el s. XV, China pareció dispuesta a una expansión mundial, llegando repetidas veces a la costa oriental de África. Por lo demás, se limitó a controlar los espacios vecinos: Tíbet, Mongolía, Corea, ni siquiera Indochina. Y sin exagerar se puede decir que las civilizaciones chinas, los valores chinos, tuvieron relativamente poca influencia fuera de China.

Yo quisiera demostrar en el breve plazo de esta charla que, en cambio, la influencia de España tuvo y sigue teniendo un alcance universal, no solamente lo que es más corriente por su participación en grandes civilizaciones o en construcciones políticas importantes o realizaciones específicas que conmovieron y en ciertos casos contribuyeron a cambiar el mundo.

Sin embargo, no quiero despreciar la contribución importante de España en unas grandes civilizaciones de las cuales no fue la creadora. Pero por falta de tiempo me limitaré a recordarlas brevemente.

— Admitiendo que España tuvo una parte apenas marginal en las civilizaciones fenicia y griega, no se puede decir lo mismo de su papel en la romanización. Después de resistir unos 65 años a los ejércitos romanos, y más si contamos con las zonas cantábricas, los ibéricos se incorporaron con energía y creatividad al hecho romano. La sociedad hispano-romana supo dejar huellas imponentes del fenómeno: Tarragona, Segovia, Mérida, Itálica, hasta Lugo, lo demuestran. No olvidemos que el emperador Trajano nació en Itálica, que la madre de Adriano era gaditana, que Marco Aurelio tenía orígenes y familiares españoles, no olvidemos a Séneca, Marcial y otros.

— Lo mismo se podría decir de la participación española en la gran civilización islámica, esta vez con más fuerza si cabe: en efecto el califato de Córdoba fue uno de los alardes máximos de la civilización musulmana en el tiempo de su apogeo y no es ni mucho menos la mezquita de Córdoba, edificada por Al-Mansur en el siglo X, el único testimonio de esta extraordinaria eclosión cultural de los siglos VIII a X. Hubo entre otras cosas la residencia de Madinat-al-Zahra, el puerto y las industrias de Almería, la historia de Ibn Huyyas escrita en el siglo XI. Sin ir muy lejos de Barcelona los baños de Gerona y el magnífico conjunto de Teruel con sus hermosos alminares. Pero lo que es más original es que ya en época de decadencia de la civilización árabe, en los siglos XIV y XV (no digo de la musulmana), el último reino islámico de España, el reino Nasrí de Granada fue capaz de ofrecer al patrimonio de la humanidad los esplendores de la Alhambra y del Generalife.

— Tercer caso, la participación de España a la empresa política, religiosa y cultural de la Contrarreforma católica. Es cierto que los españoles no llevaron solos la empresa. Pero también es cierto que los teólogos y prelados españoles fueron, junto con los italianos, los que llevaron a cabo el programa tridentino, sin despreciar al indiscutible papel de los belgas y alemanes. No escondemos que la dedicación española al cumplimiento de este programa tuvo su cara negra

con el nuevo impulso dado a la inquisición que dejó de perseguir a los conversos —provisionalmente— para sofocar a los primeros núcleos protestantes en Valladolid y Sevilla, y forzar al pueblo cristiano-viejo a conformarse a los dogmas y a la moral definidos en Trento, difundiendo así en la sociedad española unos gérmenes de intolerancia más, después de los que habían brotado por fin al calor del contacto plurisecular con judíos y musulmanes. Pero también tuvo esta dedicación una cara muy positiva: produjo un extraordinario florecimiento místico que no solamente estuvo ilustrado por santos sino por escritores de talento no discutible, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz antes de todos, dio lugar a un gran movimiento caritativo en favor de pobres, enfermos, huérfanos, niños expósitos, con un sin número de fundaciones y obras pías, el cual dejó huellas profundas en España, hasta principios del siglo XIX, hasta las grandes desamortizaciones: a finales del siglo XVIII los viajeros ingleses en España, como Joseph Townsend o Henry Swinburne, se maravillaban de la amplitud de la asistencia que consumía buena parte de las rentas de muchos obispados, pero al mismo tiempo, les parecía que con tanta asistencia no se favorecía a la busca de trabajo; también este movimiento lanzó a muchos españoles a la evangelización de los mundos recién descubiertos y llevó a dominicos, franciscanos, jesuitas a reivindicar los derechos humanos (los derechos de seres de Dios) para los pueblos sometidos, en esta gran empresa que el historiador norteamericano Lewis Hanke llamó «la lucha por la justicia». Y por fin, dirigiéndose la contrareforma a un pueblo que en buena parte seguía siendo analfabeto, sobre todo en el campo, acudió al lenguaje de los sonidos y de las imágenes, a la música sagrada, a la escultura de los retablos y de los pasos, a la pintura de las grandes series monásticas y de la temática de la pasión: crucifixiones, descendimiento, piedades, cristos yacentes, produciendo una explosión artística cuyos testimonios quedan impresionantes.

Evidentemente, la empresa religiosa y cultural estuvo apoyada por el poder político y militar de España es este período que corresponde al dominio español en Italia y Países Bajos. No es la oportunidad para analizar los más y menos de este dominio (en el caso de Italia, por ejemplo, donde la obra de Carlo Cipolla ha cambiado la valoración) pero es evidente que contribuyó a ampliar la influencia española.

Todo esto va muy bien. Pero lo que más me interesa es poner de relieve los casos en que la historia de España, por sí sola, aunque con interferencias indiscutibles, estuvo a punto de cambiar el mundo, de cambiar la vida, y en ciertos aspectos, realizó este cambio.

1. *El primer caso* que corresponde a parte de la Edad Media es la demostración hecha en España que los fieles de las tres religiones monoteístas nacidas en la cuenca del Mediterráneo podrían convivir en el marco de un mismo estado, dentro de una misma ciudad, cada grupo practicando su culto, asumiendo la gestión interior de su comunidad según derecho propio, sus tradiciones, sus le-

yes con la condición de respetar a la autoridad. No voy a pretender que fueron situaciones idílicas. Evidentemente, en el tiempo del califato y después de los reinos de taifas, la población mozárabe que había quedado cristiana y los judíos eran pueblos dominados, sometidos; siglos después, o al mismo tiempo, la población mudéjar y también los judíos, estuvieron dentro de los reinos cristianos, dominados, sometidos. Si se rebelaban contra los poderes se les castigaba duramente; no se les permitía cualquier libertad: los famosos mártires de Córdoba del siglo VIII condenados y ejecutados por los tribunales musulmanes habían buscado voluntariamente el martirio, pues habían insultado públicamente al profeta Mahoma y al Islam, sabiendo que la ley coránica sancionaba con la pena de muerte este delito. Más tarde, en el reino cristiano de Valencia quedaba igualmente prohibida a los musulmanes la blasfemia y todas las palabras que hicieran irrisión o burla del cristianismo. Existían presiones directas e indirectas para lograr las conversiones de los sujetos más dotados a la religión del vencedor.

Pero con estas limitaciones a las cuales, evidentemente, es preciso añadir el fracaso final, el caso no deja de ser ejemplar. Para guardar el tiempo fijado, vamos a contemplar sólo el siglo XIII. Es ya muy notable que un rey tal como Alfonso X el Sabio haya sido llamado o se haya llamado él mismo «Emperador de las tres religiones», lo que significa de su parte una ausencia total de desprecio hacia el judaísmo y el islamismo. Pero es que por una parte las leyes configuraban las libertades y derechos que gozaban las minorías judías y musulmanas, esta última siendo mayoría en ciertas regiones. Las victorias cristianas sobre los musulmanes habían sido acompañadas por capitulaciones que establecían un estatuto muy liberal en favor de los vencidos, guardando en muchos aspectos las disposiciones anteriores: impuestos, jurisdicción, autonomía administrativa y libertad religiosa total. En el tiempo de Alfonso X, el rey procuraba el cumplimiento de las leyes: por ejemplo, en un texto de 1260, Alfonso X hace saber al consejo cristiano de Alicante que ha ordenado a su *almoxerif* (cobrador de rentas), de otorgar su protección a los musulmanes que padecieran vejaciones; el mismo rey pasó unos seis meses en el reino de Murcia en 1257, favoreciendo la llegada de cristianos pero asegurando el respeto a los musulmanes. Un siglo y medio antes, lo mismo había pasado en Toledo después de conquistar la ciudad en 1085: los musulmanes pudieron conservar sus bienes, sus leyes y su mezquita.

En la misma época, los judíos también gozaban un estatuto de tolerancia y libertad en todos los reinos, Aragón, Castilla y Navarra: quizás en este pequeño reino su situación era aún más favorable y la *aljama* de Tudela era en aquel entonces muy famosa con sus ordenanzas muy detalladas, su consejo de notables y su tribunal religioso.

Los judíos tenían un gran papel en la corte: banqueros, cobradores de rentas, médicos, letrados, hombres de negocios, artesanos. Aún en 1347, Samuel Ha-Levi, ministro de Pedro I, inaugurando una nueva sinagoga en Toledo (la que

más tarde llegó a ser la iglesia del Tránsito), regocijándose por la condición halagüeña de los judíos y se pudo decir que los dos siglos (1148-1348) fueron una edad de oro para los judíos españoles.

Esta situación tenía un contenido existencial: musulmanes y judíos estaban organizados en *aljamas*, comunidades que se administraban por sí mismas con sus jueces, tribunales, cobradores de rentas, con sus fiestas y tradiciones. Es decir, que bajo la autoridad real gozaban un régimen de autogobierno.

Son las calamidades del siglo XIV (entre ellas la peste negra y las grandes hambres) que destruyeron este equilibrio, pues en estas circunstancias siempre se buscan chivos expiatorios. Y es cierto también que el pueblo cristiano viejo acabó por aguantar mal, a lo largo de los siglos, a unos judíos que cosechaban triunfos económicos y sociales, a unos musulmanes prolíficos y a veces demasiado dóciles para con sus señores al mismo tiempo que fieles a sus trajes, sus costumbres alimentarias, sus baños, su idioma, sus nombres y su religión. Pero antes del colapso del sistema que comenzó por los pogromos de 1391 (ya el 17 de mayo de 1348 en Barcelona) y que fue confirmado por la adopción de los estatutos de limpieza de sangre, este régimen de convivencia había producido un enriquecimiento cultural admirable. Según dice Maria Claude Gerbet «los españoles fueron muy rápidamente conscientes de la riqueza de poseer tres culturas». La comunidad judía de Tudela era tan célebre por su ciencia y sus escuelas, sus bibliotecas llenas de manuscritos hebraicos, que atraía a gente venida de muy lejos para estudiar. En los reinos de Castilla y Aragón aparecieron ya en el siglo XII las escuelas de traducción que pasaban al latín y más tarde al castellano y también al catalán, los manuscritos musulmanes y hebraicos más interesantes y a través de ellos, los griegos. Se encuentran estas escuelas en Zaragoza, Pamplona, Logroño, Barcelona, siendo la más importante Toledo, a partir de 1165, impulsada por el arzobispo Ramon y desarrollada en torno de un italiano, Geraldo de Cremona (1114-1187), conocedor del latín y del árabe, quien tradujo 71 obras del árabe, en su mayoría obras de ciencia y filosofía. Es decir que no se trataba de una convivencia pasiva sino activa y creadora.

2. *Más evidente aparece el papel de España en la incorporación de América a la historia mundial.* Es decir que España ha sido la creadora del mundo actual. Bien es verdad que la iniciativa de los descubrimientos perteneció a Portugal con medio siglo de ventaja. Pero en esta peripecia, Portugal pecó por exceso de racionalidad: para llegar a Indias le bastaba proseguir su ruta, la necesaria, la imprescindible utopía fue española, aunque un italiano, Colón, haya sido el protagonista decisivo, pero no olvidemos que Colón no actuó solo: los Pinzones, auténticos españoles de la niebla, Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yáñez, pusieron dinero, talento y entusiasmo en la empresa. Y a partir de 1791, cuando la Corona decide acabar con el monopolio colombino, son centenares y millares de españoles que toman las riendas de la extraordinaria aventura.

Si intentamos valorar la participación española en el descubrimiento, además de la iniciativa, resulta abrumadora.

Primero, las rutas marítimas: es un vasco, Sebastián Elcano, quien logra primero acabar la vuelta al mundo, puesto que el jefe de la expedición, el portugués Magallanes, había muerto en el archipiélago que luego se llamaría Filipinas: es Anton de Alaminos que, después de navegar por todos los sectores del Caribe y encargado por Cortés de ir a anunciar a España la conquista de México (anticipándola Cortés de modo algo imprudente), atraviesa el primero el canal de Bahamas y dibuja la mejor ruta de vuelta de México; es Pascual de Andagoya quien marca los hitos de la ruta costera de Panamá hacia el Perú. Son Legazpi y Urdaneta quienes logran inventar la ruta de ida y vuelta a través del Pacífico entre México y Filipinas, Urdaneta demostrando que la vuelta ha de ser norteña, consiguiendo esta difícilísima vuelta en el plazo, breve para la época, de 5 meses (1 de junio a 30 de octubre de 1564).

Segundo: la penetración del continente americano. En el plazo de medio siglo, los españoles han recorrido la casi totalidad del continente americano, otra vez con la excepción de los territorios que corresponden hoy a Canadá y Alaska. Olvidemos un momento a los más conocidos, a Cortés o Pizarro, porque cosecharon el triunfo con sus casi inverosímiles conquistas de México y Perú. Otras empresas, en su mayoría concluidas por un fracaso, fueron verdaderas epopeyas que revelaron la realidad geográfica y humana de América: pensemos en la increíble expedición de Almagro a Chile desde Cuzco, saltando varias veces el obstáculo de las sierras andinas, atravesando el muy temible desierto de Atacama, haciéndose a su vez los españoles mozos de cuerda después de la muerte de los porteadores indios y de las mulas; contemplemos a Francisco de Orellana y a sus hombres, compañeros de Gonzalo Pizarro en la busca de El Dorado, y que, desde Quito, fueron a reconocer primero el Napo, luego el Amazonas y siguieron el gran río hasta el Atlántico en un pequeño barco de su construcción; recordemos a Gonzalo Jiménez de Quesada, saliendo de Santa Marta, navegando río arriba el Magdalena mucho antes que los héroes de Gabriel García Márquez en *El amor en tiempos del cólera*, trepando los Andes para alcanzar las sabanas de Bogotá y Tunja, después de perder a las dos terceras partes de sus hombres, y coincidiendo allí con los hombres de Belalcázar que procedían de Quito y con la expedición de Federman salida de Coro, la cual, por fin, había conseguido la hazaña de escalar la Sierra Nevada oriental, auténtica muralla. ¿Y qué pensar de los conquistadores españoles, otra vez en la busca de El Dorado, que atravesaron en todas direcciones el actual territorio de Estados Unidos: de Hernando de Soto, conquistador de Nicaragua y Perú, ya muy rico, que hubiera podido, a los 40 años, gozar en Sevilla de sus tesoros y de su joven mujer y que lo invierte todo en la recluta de 620 infanzones, 123 jinetes y el armamento de 4 bajeles para lanzarse tierra adentro, desde la Florida hasta el río Mississipi en el cauce del cual, 3 años más tarde, sus compañeros hubieron de

sumergir su cadáver? Y de Cabeza de Vaca, de los Vázquez de Coronado, que recorrieron las amplias llanuras de Norteamérica y las zonas sureñas de las Montañas Rocosas, que descubrieron a la civilización desaparecida de los pueblos, soñando con el reino de Cibola. Resulta asombroso sólo asomarse a la larga lista de capitulaciones concluidas con la Corona por un sinnúmero de candidatos descubridores y conquistadores cuya mayoría fracasó.

Tercero: la creación de una raza nueva. ¡Evidentemente, esta creación no se hizo de manera idílica, bajo los auspicios de románticos amores! En la mayoría de los casos, el mestizaje, así como lo apuntó el historiador sueco Magnus Mörner, se hizo dentro de un sistema de dependencia de las mujeres indígenas con respecto a los conquistadores o a sus epígonos. Sin embargo, no hubo muchísimas violaciones. Los cronistas pusieron de relieve el mucho interés de las mujeres indias para con los extranjeros. Y más recientemente, los historiadores demógrafos, así como Nicolás Sánchez Albornoz, apuntaron que las mujeres indias, cuya fecundidad se había hundido después del trauma de la conquista, recobraban un alto grado de fecundidad cuando se unían con españoles, puesto que esta unión, favorecida por su linaje (así lo subraya el inca Garcilaso de la Vega), significaba una promoción social para su prole.

Esto explica que la población india por sí misma, después de una baja continua y desastrosa hasta mediados del siglo XVII, volvió a subir, ya rápidamente en el siglo XVIII. Es decir, que el mestizaje que configura a la población de países como México, Colombia, Venezuela, Salvador, Honduras y partes amplias de Perú, Ecuador, norte de Argentina, etc., se realizó sin desaparición de la raza indígena, lo que no autoriza el uso de la voz genocidio, ya que, a pesar de crueldades, matanzas, violencias y de una indiscutible opresión, no existió la intención ni el mismo hecho del genocidio con la excepción de las Antillas, aunque el choque microbiano tuviera la responsabilidad esencial.

Cuarto: El mestizaje fue acompañado por el sincretismo cultural y se inventaron nuevas formas artísticas. Las extraordinarias iglesias de Guanajuato, Puebla, Oaxaca, Quito, por ejemplo. Incluso, las iglesias jesuitas de México, del Paraguay, con su insólita decoración, no son españolas, tampoco indias. Son algo distinto.

3. *Otro aspecto significativo de la transcendencia mundial de la historia de España* es la función de laboratorio político y militar que tuvo España, a veces a pesar suyo, en la historia contemporánea. Un primer ejemplo de esta función corresponde al año 1808. Los ejércitos del emperador Napoleón habían derrotado a cuantos adversarios se les ofrecían en señaladas victorias; el emperador no dudaba que los españoles, para el pueblo decadente, aceptarían con agradecimiento el rey que les regalaba, su mismo hermano. Entonces, es cuando España demuestra a los demás europeos que la derrota no es fatal, mediante un nuevo tipo de guerra a base de emboscadas, agresiones contra las retaguardias, incursiones rápidas, rehusando el choque clásico en campo raso pero

oponiendo una resistencia encarnizada en dos sitios, sea Zaragoza, sea Girona. Una lección que los rusos supieron aprovechar con todo éxito unos años después, sirviéndose de una táctica análoga.

Aún más importante, si fuese posible, había de ser el papel de España en los años 1936-39, puesto que el laboratorio esta vez sería simultáneamente político y militar. Se ha dicho muchas veces, y con razón, que la guerra de España había permitido a los futuros beligerantes de los años 1939-45, probar sus armas nuevas y sus tácticas y preparar a sus hombres. Efectivamente, sabemos muy bien cómo Alemania, con su fuerza aérea autónoma de la Legión Cóndor, sometió a prueba no solamente sus aviones (Messerschmidt, Heinkel), sino también a sus pilotos y tripulaciones gracias a un sistema de rotación que permitió entrenar a unos 25.000 hombres; como Italia, además de modificar su organización militar después de la derrota de Guadalajara, experimentó sobre Barcelona el método terrorista del bombardeo urbano (el tapiz de bombas) que adoptarían luego los alemanes (Coventry) y los americanos (Dresde); como Rusia lanzó para la defensa de Madrid sus nuevos carros de combate dotados de un blindaje a prueba de la artillería ligera de la época mientras que los carros alemanes, cuyo blindaje era demasiado delgado, tuvieron que ser renovados; cómo, por primera vez, se hizo uso de la radio como medio de acción psicológica: véanse las charlas de Queipo de Llano en Radio Sevilla.

Quizá el laboratorio español resultó aún más original en el aspecto político. Por primera vez existió un gobierno en el cual participaron anarquistas (Federica Montseny, Juan Peiro...); por primera vez se intentaron en gran escala comunidades económicas y sociales con, a la vez, socialización de los bienes de producción y autogestión, incluso con matices utópicos tales como la desaparición de la moneda, especialmente en Cataluña, Aragón, Valencia y Castilla la Nueva; por primera vez se estableció un tipo de gobierno utilizando recetas del fascismo pero prescindiendo de un partido único, al contrario, utilizando la rivalidad entre las fuerzas de la derecha (incluso la Iglesia) para gobernar a sus anchas, lo que significaba cierto desdén con las ideologías, como, efectivamente, el futuro del franquismo había de demostrar.

Pero lo que no se puede ignorar es, al contrario, la extraordinaria trascendencia ideológica de la guerra de España a través de las Brigadas Internacionales, auténtico vivero de la militancia izquierdista y revolucionaria de toda Europa: en este vivero se formaron los italianos Palmirio Togliatti, Pietro Nenni, Luigi Longo; el húngaro Lazlo Rajk; el alemán Heinrich Rau; los franceses, después figuras de la resistencia, tales como André Malraux, los coroneles Fabien y Rol-Tanguy; probablemente los generales rusos Koniev, Malinowski, quizá Jukov; el inglés Atlee y otros muchos. Los hombres de las Brigadas procedían de 53 países distintos, especialmente de Europa central y oriental, que luego tuvieron un papel preeminente en el cataclismo europeo de los años 1939-45.

Otra vez en nuestro tiempo, España cumple con una función trascendental de laboratorio: es el primer país en la historia mundial que consigue el despegue económico (lo que los economistas norteamericanos llamaron el *take-off*) a base de los ingresos turísticos. No voy a pretender que el turismo fuese el factor único en este proceso. Pero sí me permito afirmar que el turismo fue elemento básico de la estrategia económica concebida en los años 1957-60, cuando era preciso abrir las fronteras aduaneras para amansar a los bancos y organismos financieros internacionales y comprar toda clase de equipamientos para modernizar el aparato industrial del país que quedaba obsoleto. Era una apuesta arriesgada pero que fue un éxito, favorecido por la buena coyuntura internacional y que tenía el mérito suplementario de crear una infraestructura turística de la cual podrían beneficiarse los españoles mismos el día que su nivel de vida lo hiciera posible, y es lo que ha ocurrido hoy día.

Por otra parte, España inventó un nuevo modelo de coyuntura política adaptado a situaciones delicadísimas: es decir, la transición democrática. ¿Cómo salir de una dictadura, quizá ya blanda, pero con el peso histórico de la dictadura para construir una democracia de tipo occidental sin violencias, sin ajuste dramático de cuentas, sin venganzas? Esto que al morir el general Franco se aproximaba a la cuadratura del círculo, y basta revisar los editoriales de la prensa internacional del año 75, sin embargo dio lugar a un ejercicio de malabarismo político que sería un éxito absoluto, sin la tragedia vasca y que, a pesar de ésta, es un verdadero logro. Recuerdo el asombro de varios periodistas españoles en los primeros tiempos de la transición, a la hora de legalizar los partidos políticos más temidos y aborrecidos por unos, a la hora de las primeras elecciones generales durante la elaboración de la Constitución de 1978, y al descubrir, por fin, que este país era un país políticamente maduro y no reducido a imitar modelos ajenos.

Dio la casualidad que pasé varios meses en Brasil, el año 85, cuando se planteó en Brasil un problema parecido: salir de la dictadura militar para dar al país una organización y una práctica democrática. Asistí con curiosidad al desfile de los hombres políticos españoles de distintos partidos, venidos a Brasil y correspondiendo a invitaciones de algunos círculos o asociaciones para explicar el método y los caminos que habían elegido para conseguir este resultado tan deseado. Y sabemos también que varios políticos españoles han ido a Chile y se han entrevistado con numerosos miembros de la clase política y sindical chilena, con los prelados, interpretando modestamente este papel didáctico. El hecho que estos viajes se hayan realizado después del golpe frustrado del 23-F, ha dado mayor credibilidad aún a este modelo español de salida suave de la dictadura.

En fin, y no creo que esta última observación sea de menor alcance, los españoles a lo largo de su historia han inventado nuevas formas artísticas y nuevas maneras de concebir la belleza o de interpretar la realidad. Hoy día la mayo-

ría de los especialistas están de acuerdo en admitir que los catalanes fueron los verdaderos creadores de la arquitectura románica, a pesar de las iniciativas lombardas. Pues fueron ellos que dieron el paso decisivo con la sustitución de la bóveda de cantería a la cubierta de madera, a mediados del siglo X con las bóvedas de Sant Martí de Baussitges en 946 y de Sant Esteve de Banyoles en 957 gracias a un sistema de encofrado cuyas huellas pueden aún observarse en San Romà de las Arenas (Empordà) o en Sant Cristobal de Cabrils (Maresme), por ejemplo. Gracias a estos avances técnicos, el arte románico propiamente dicho nace a principios del siglo XI con las iglesias de Sant Pere de Roda (1022), la iglesia abacial de Ripoll (1032), la catedral de Vic (1038). Ya se sabe la extraordinaria fortuna a través de Europa del estilo románico.

La creatividad artística de los españoles se manifestará otras veces en la historia. Si en el gótico los españoles fueron sólo imitadores o adaptadores, a veces con mucha libertad (véase el gótico catalán, en Sta. María del Mar, o en la catedral de Palma); si en el Renacimiento siguieron las fórmulas italianas, supieron dar un sello muy peculiar a las fachadas-retablos de fines del XV o principios del XVI hasta tal punto que se inventó la expresión «estilo isabelino» para San Pablo y San Gregorio de Valladolid, San Esteban de Salamanca, San Marcos de León, la iglesia del Salvador de Úbeda. En el caso de la escultura barroca de madera policromada que dio lugar a los famosos pasos y a muchos retablos, no se puede decir que España hizo escuela. En el XVI, los conquistadores y los hombres del rey crearon un tipo nuevo de ciudades, adoptando los modelos romanos, fundados sobre el sistema de las cuadras que perdura hoy día en los centros históricos y que se extendió a gran parte del continente americano, aunque haya que reconocer que las bastidas medievales no eran muy distintas.

La pintura española del Siglo de Oro, a pesar de su extraordinaria categoría, no ha señalado rumbos nuevos aunque los románticos franceses del XIX y más tarde Manet, hayan visto en Velázquez un maestro insuperable. Fue con Goya que el arte español otra vez reveló horizontes nuevos con la irrupción del fantástico en la pintura. En nuestros tiempos, es inútil recordar la importancia fundamental de la pintura española y su papel revolucionario desde Pablo Picasso a Juan Miró y a Salvador Dalí.

Prefiero dejar a los especialistas de literatura opinar sobre la trascendencia de la obra cervantina, de la Comedia, de la novela picaresca o de la poesía contemporánea española. Sólo quisiera concluir arriesgando esta sencilla pregunta: ¿por qué hay hispanistas en tantos países del mundo? A esta pregunta he intentado modestamente contestar.